

rio concurso para realizar el pensamiento indicado, con lo cual México se presentará ante el mundo civilizado como una nación que ha comprendido al fin sus destinos, y que se afana por llevar á cabo la obra laboriosa de su regeneración, no limitando sus esfuerzos al presente, sino extendiéndolos al porvenir, que sólo puede asegurarse por la igualdad intelectual, que poniendo á los ciudadanos en condiciones de ejercer sus derechos y cumplir sus deberes, atraiga en el pueblo el sentimiento de la libertad y el amor á la patria.

Nuestros padres nos legaron la independencia y la libertad, y obligados estamos á conservar tan valiosa herencia y aumentarla con lo que aquellos no pudieron legarnos, con la reforma, que está ya conquistada, con la paz y como fruto de ésta, con el progreso moral y material. Ese progreso tiene que descansar sobre la escuela; fundarse en la instrucción popular; pero en la Escuela Nacional, en la instrucción homogénea, dada á todos, y en toda la extensión de la República, al mismo tiempo, en la misma forma, según un mismo sistema y bajo las mismas inspiraciones patrióticas que deben caracterizar la enseñanza oficial.

Aunque la iniciativa del señor Presidente en este asunto se recomienda por las notorias ventajas que ofrece y por las consecuencias que necesariamente ha de producir y que tienen un alcance de fácil previsión para todos los mexicanos, á fin de condensar toda su trascendencia, parece oportuno recordar las palabras del célebre filósofo alemán que disputó á Newton el descubrimiento del cálculo diferencial: *que me confíen la educación de la juventud, y yo cambiaré la faz del mundo.* El Estado tiene en sus manos la instrucción de la juventud mexicana y á él toca cambiar la faz de la República, unificando su acción, y preparando á las generaciones futuras para que completen la obra de paz y de progreso que, bajo tan buenos auspicios ha iniciado la generación actual.

En espera de su respuesta, me es grato renovar á vd. las protestas de mi particular consideración y aprecio.

Libertad y Constitución. México, Junio 1.º de 1889.

J. BARANDA.

## DE FONDO

### LOS PEDAGOGOS Y LA PEDAGOGÍA

## EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS.

Desde las guerras pérsicas encontramos en todas las familias acomodadas de Atenas al *paidagogos* (pedagogo) que entraba en sus funciones tan luego como la *nana* terminaba las suyas, y cuyo oficio era acompañar á los niños por todas partes, vigilarlos, evitarles influencias nocivas, y enseñarles las reglas de la urbanidad: andar en la calle con la mirada hácia abajo; ceder la acera, como diríamos hoy, á las personas mayores de edad; vestirse conforme al uso establecido; tomar los alimentos en la mesa con la mano derecha—el pescado, la carne y el pan con dos dedos, todo lo salpescado con uno solo, etc., etc.

La palabra *paidagogós* se deriva de *país*, genitivo *paidós* que significa niño y del verbo *ágo*, conducir, del cual se forma *agogós*, el que conduce, acompaña, significando, pues, nuestra voz *pedagogo*, literalmente, *conductor*: ó *director de niños*. Se suele traducir por *ayo*, y esto con tanta más razón cuando se sabe que esta palabra, como provincialismo, se usa en Andalucía y otras partes de España para designar la persona que

lleva y trae á los niños á la escuela: y cuando, por otra parte, las funciones del pedagogo ateniense eran, como se ha visto, las de un verdadero ayo, en el sentido en que la Academia toma esta palabra.

El pedagogo ateniense no era generalmente de condición *libre*, sino que para este puesto se escogieron *esclavos*, y no siempre los mejores de entre ellos, como lo prueban estas palabras de *Plutarco*: «Los esclavos más hábiles se emplean como labradores del campo, capitanes de buques, mercaderes, administradores de fincas, prestamistas; pero si se encuentra alguno borracho, goloso, que no sirva para nada, se le encarga la vigilancia sobre los hijos del amo.» So comprende que, en semejantes circunstancias, la clase de los pedagogos era una de las más despreciadas en aquella sociedad. No raras veces daba materia á los cómicos para divertir al público á su costa. En una de sus comedias, *Plauto* hace decir al mentor Lydus estas palabras: «En otros tiempos, el niño no se atrevió á separarse ni una pulgada del pedagogo, nunca dejó de oír su palabra. Pero ahora, antes de llegar á los siete años, si se le toca con la mano, el muchacho hace pedazos con su *tabula* la cabeza del mentor; y si uno se queja con el padre; éste dice al niño: ¡Bien hecho, siempre debes defenderte de los insultos! y al pedagogo: ¡Oye, viejo bribón, que no lo hagas ningún mal al muchacho por lo que pasó; él ha obrado como buenol Después se le pega la cabeza al pedagogo, como se remienda una linterna rota, con lienzo empapado en óleo, y el pleito se acabó.»

Desde los tiempos de *Sila* (100 a. J. C.) el pedagogo hizo su entrada en las familias romanas, donde antes la primera educación estaba exclusivamente en manos de las madres.

El pedagogo (*custos, comes*) era las más veces esclavo, y de preferencia se dió este puesto á esclavos griegos ó de origen sirio, que los atenienses solían comprar en Delos á los corsarios cilicianos, y que después de haberles enseñado su idioma, vendían á los romanos. Las funciones del pedagogo eran más ó menos las mismas en Roma que en Atenas, y todavía *Cicerón* usa la palabra *pedagogus* como sinónimo de *ayo*. Ya en los tiempos decenvirales (*Apio Claudio*) tenían los romanos sus escuelas elementales públicas, *ludi*, y sus maestros *ludi magistri*, empezando la enseñanza como hoy á los seis ó siete años. Las escuelas romanas alcanzaron más tarde un alto grado de perfección, pero el papel del pedagogo se limitó siempre á conducir al niño á la escuela y llevarle la *tabula*, y á acompañarlo, cuando había llegado á la edad respectiva, al teatro, en sus viajes y hasta á la guerra. Con todo, la suerte del pedagogo era mejor en Roma que en Atenas, pues se le dispensaron algunas consideraciones, y terminada la educación de un joven, su mentor recobró no raras veces su libertad.

En resumen podemos decir que el antiguo *pedagogo* no era *maestro*, que nada tenía que ver con la *instrucción* de los niños, pero que sí se le encargaba una parte, aunque muy pequeña, de la *educación*, aquella que los franceses suelen designar con el nombre de *soins physiques*, cuidados físicos.

Con la caída del Imperio romano y la invasión de los bárbaros, se extinguió la civilización pagana, y con ella desapareció el antiguo pedagogo. Asimismo desaparecieron todos los vestigios del arte educativo. Los griegos y romanos habían tenido sus grandes pensadores que comprendieron la trascendental im-